

# 4

## capítulo

Rosario y José sabían que tenían muchas probabilidades de perder a Carlos definitivamente si trataban de inmiscuirse en su vida, pero estaban convencidos de que algo grave pasaba. No podían quedarse por más tiempo impasibles. Necesitaban ayuda. Se sentían impotentes para seguir afrontándolo solos. Muchas veces habían hablado, entre ellos, de acudir a alguien. Pero no se habían atrevido a dar el paso por miedo a empeorar la situación; además si Carlos se enterará... Pero ya no tenían otra alternativa. Tenían que arriesgarse.

Pero tampoco sabían a quién recurrir, ni siquiera lo que realmente le pasaba a su hijo. Después de las experiencias vividas, no se fiaban de nadie; todos parecían tener algo que ocultar ¿Quién podría ayudarles? ¿En quién podrían confiar? Presentían, incluso, peligro. Pensaron en recurrir a un psicólogo, un psiquiatra, un asistente social...

Hablaron mucho sobre ello; las dudas y miedos les acompañaban en sus largas conversaciones. Al fi-

nal decidieron llamar, en primer lugar, a Javier, compañero de trabajo y gran amigo de Carlos. Javier era especial. Con ellos siempre había sido cariñoso. Llevaban muchos años trabajando juntos. Sentía un gran afecto por Carlos y lo había demostrado en muchas ocasiones. Y lo más importante: era urgente, había que decidirse por alguien.

José buscó su número de teléfono y se lo dijo a Rosario para que fuera ella quien hablara con él.

Con los dedos temblorosos, Rosario, marcó el número y escuchó la llamada larga y contundente. El contestador se disparó, lo que inconscientemente le produjo alivio.

-¡Hola! ¡Hola!.- Rosario se dio cuenta de que era Javier quien repetía el saludo y no el contestador. Sus nervios le habían vuelto a traicionar.

-¡Hola!... ¿Diga?... ¿Hay alguien al teléfono?

-¿Javier?

-Sí, ¿Quién es?

-Soy Rosario, la madre de Carlos

-¿Qué ha pasado? ¿Está bien? -preguntó alarmado, temiéndose una desgracia.

-Tranquilo. Todavía no ha pasado nada. Veo que también a ti te tiene en vilo. Estamos muy preocupados y nos gustaría hablar contigo, si no tienes inconveniente.

-¡Por supuesto!

-¿Podríamos vernos esta tarde?

-Sí, esta tarde no tengo nada que hacer. ¿Le parece que vaya sobre las cinco?

-Verás, es que... en mi casa...

-¡Uf! ¡Qué tonto soy! Es verdad, si se enterara Carlos... Es mejor que vengan a la mía. Anote mis señas y vengan cuando quieran. No voy a salir.

-Gracias, Javier. Sabía que podíamos contar contigo.

-No me dé las gracias. Se lo debo a Carlos. Hemos sido siempre grandes amigos.

-Lo sé.

-Anote: Calle Santa Rosa Granel, número 2-1° C. Les espero.

-Gracias otra vez. Iremos sobre las cinco. Adiós hijo-le dijo con gran cariño.

-¡Hasta la tarde Rosario!

A las cinco en punto sonó el timbre de la puerta.

-¡Adelante! -dijo Javier, acompañando sus palabras con un ademán de la mano-. Pasen, están en su casa.

-Gracias por recibirnos -le dijo Rosario, acercándose para besarlo.

-¡Hola Javier! -le saludo José, dándole una palmada en el hombro.

-Vamos, pasen.

Los encaminó hacia el salón, por un largo pasillo, cubierto con estanterías blancas de escayola, repletas de libros, iluminadas con una luz tenue que procedía del interior y que conseguía, milagrosamente hacerlas parecer ligeras. Al fondo se podía ver el salón, con una decoración minimalista. Cuando entraron, ninguno de los dos se fijó en el exquisito gusto que tenía Javier. En el centro dos sillones y un tresillo de cuero negro. Tres bloques cúbicos de mármol, de diferentes alturas, hacían la función de mesita y descansaban sobre una alfombra de color crudo. La pared del tresillo estaba decorada con cuatro copias de calidad, pintadas por el mismo Javier, de dibujos de Ramón Casas. Las cortinas de hilo blanco tapaban unos grandes ventanales que iluminaban la estancia. En el ángulo izquierdo, cerca de la ventana había una chimenea y en el espacio sobrante, había una planta —un ficus de casi dos metros de alto—, que ocupaba la cuarta parte del salón, y descansaba en un gran macetero también de color blanco. En la pared de enfrente, sin muebles, lucía otra agrupación de ocho xilografías de Dalí, con unos marcos -de vitrina- en madera clara y colocados muy próximos entre sí. Todos ellos pertenecientes a la serie de la Divina Co-

media de Dante. El gran juego de colores del genio catalán rompía con la seriedad del blanco y negro del salón, dándole elegancia y serenidad a la estancia, a pesar de los seres tan atormentados que en ella representaba.

-Por favor, tomen asiento, les serviré un café.

-No nos llames de usted, tutéanos, por favor. Creo que vamos a vernos muchas veces, o eso espero y será todo más fácil si nos hablamos de tú.

-Gracias Rosario, me resultará difícil, por la costumbre, pero también opino que el tuteo facilita la comunicación. Voy a por el café -dijo levantándose-. Está preparado.

Javier fue a la cocina. Enseguida volvió con una bandeja de madera, que contenía café y pastas, vestida con un paño de hilo blanco, lleno de encajes, por los que Rosario sentía debilidad. Fue la situación la que le robó el placer de observar el minucioso trabajo de bolillos o fue el dolor el que le eclipsó aquella maravilla e hizo, que aún teniéndolo delante, varias horas, ni tan siquiera le permitiera percibirlo. Dejó con cuidado la bandeja encima de la mesa y se dispuso a servirlo.

-¿Cómo lo quiere?-preguntó a Rosario.

-Quieres -dijo Rosario, remarcando la "s".

-Eso, ¿cómo lo quieres? -le volvió a preguntar

-Solo, gracias.

-¿Y tú, José? ¡Eh! voy aprendiendo, aunque me suena fatal.

Los tres rieron al unísono.

-También solo, gracias.

-Bueno, ¿En qué puedo ayudaros? –les preguntó Javier, mientras se acomodaba en el sofá, manteniendo la taza en la mano- ¿Qué le pasa a Carlos? Está muy raro ¿no? ¿Saben, sabéis –corrigió-? ¿Á qué se dedica? ¿Qué le ha hecho cambiar tanto?

-No, no sabemos mucho. Claro que ha cambiado... Huye de nosotros... Nos ignora... Se ha marchado de casa –dijo con voz entrecortada-. Mi hijo, que siempre ha estado pendiente de nosotros... Ya últimamente –continuó sobreponiéndose- rara vez aparecía a dormir, sólo alguna vez a recoger alguna cosa que ya no vuelve a traer nunca. Está como ido, ajeno a todo. Es como si viviera en otro mundo. No habla con nadie; no sabemos lo que es, es como si ya no fuera él.

-Se ha convertido en un robot -añadió José.

-Sí, exactamente “un robot” -corroboró Rosario.

-Yo también he apreciado el gran cambio que ha tenido -dijo Javier-. Pero no he sabido qué hacer. Hace mucho que no mantenemos una conversación; quitando los “buenos días” que me da al entrar y el

“adiós” de la salida, no cruzamos otras palabras. Él se centra en su trabajo y no levanta cabeza.

-¿Sigue trabajando como antes? -preguntó José.

-Bueno, yo no soy quien...

-Por favor, -le interrumpió José- hemos venido porque te necesitamos. Dinos la verdad, se trata de ayudarle y para ello hay que ser realistas, analizar lo positivo y lo negativo. Hoy quizás no demos importancia a estas preguntas y puede que mañana sean la clave para encontrar una respuesta.

-Sí, tienes razón. Tenemos que ser sinceros y no ocultar nada. Hace algunos meses -continuó Javier- me llamó Manuel, nuestro jefe, para hablarme de Carlos. Estaba también preocupado, veía que no funcionaba, su trabajo había bajado mucho, no sólo en cantidad sino en calidad. -Javier, tras una pausa y dejando ver su nerviosismo, prosiguió- La semana pasada me llamó Manuel más de diez veces para que pasara a su despacho, allí me enseñó los informes que entregaba Carlos. No os asustéis, pero estaban “en blanco”, los entregaba a última hora, sin hacer ningún comentario al respecto. Yo lo observaba y no notaba ninguna preocupación en su rostro. Seguía como de costumbre, “inexpresivo”. Manuel le tiene un gran afecto. Hace quince años que trabaja con él y jamás ha dado lugar a la más mínima queja, por ello me ha pedido que intente ayudarle. Hemos tenido suerte de trabajar para él. Otra persona no hubiera tenido tantas consideraciones.

-¡Qué razón tienes! -contestó Rosario.

- Y hoy -prosiguió Javier- le ha concedido un mes de vacaciones y le ha adelantado dos mensualidades. -Hubo un silencio que ayudó a digerir la amarga sorpresa que les había ocasionado la noticia y a la vez hizo pensar a Javier en ser más cauteloso y en tener más tacto.

-¿Y para qué querrá el dinero? ¿Crees que esa chica le habrá metido en la droga o en el alcohol o en algún lío extraño?

-No, no lo sé. No sé qué pensar. Debemos vigilarlo y buscar algo. Entre los tres será más fácil observarlo. No sé el qué, pero tenemos que encontrar algo.

-Si te parece, nos volvemos a juntar la semana que viene.

-Sí, me parece bien. Nos reuniremos aquí -dijo Javier- el lunes a las cinco. Salvo que alguno de nosotros encuentre algo importante, y en ese caso adelantaremos la reunión.

-En eso quedamos -dijo José levantándose-. Gracias, Javier -añadió y seguidamente lo estrechó en un cálido abrazo.

-Gracias cariño -le dijo Rosario, dándole un beso.

Javier les acompañó a la puerta y al regresar al salón vio que no habían probado los cafés. ¡Pobre-



cillos! -se oyó a sí mismo exclamando, sintiendo una gran lástima por ellos. Pensó en cómo la desgracia se había cebado en ellos y parecía no tener prisa en alejarse. Sin superar la muerte de su nuera, vino la de su nieto y estaban a punto de perder a su único hijo.

Tenía que ayudarles -se decía-. Hasta ahora no se había dado cuenta de la importancia de la situación aun estando tan cerca de Carlos. El tiempo había pasado tan rápidamente que no le había dejado ver la anormalidad de su comportamiento. Era la primera vez que se paraba a analizar la situación para intentar encontrar una explicación. Podría haberse justificado al principio, estando reciente el fallecimiento de Carmen, pero ya había transcurrido bastante tiempo para que hubiera reaccionado. Javier se había obcecado todo este tiempo con que estaba depresivo y no se trataba de depresión. Su ofuscación le había impedido ver que existía otra cosa y que se había metido en un mundo que no le gustaba.

Le echaba la culpa a Teresa; desde que estaba con ella había cambiado. Se había dejado arrastrar y lo había llevado a su terreno.

Nunca le gustó Teresa. A pesar de no haber hablado con ella, tenía una información muy amplia de sus actuaciones. Sufrió los muchos meses de angustia de Carlos. Se desahogaba cada mañana con él y le contaba como sentía que la unión tan estrecha, que presumía tener con Carmen, la había perdido desde que Teresa, repentinamente, entró en su vida. Abor-

dó a Carmen y en poco tiempo desmoronó la firmeza de su carácter y la convirtió en una marioneta. Carlos alguna vez lloró de rabia ante —como él lo llamaba— ese rapto.

Todo era caótico. La razón cada vez estaba más lejos. Era como si el amor pasional que sintió por Carmen no hubiera dejado huella. Utilizando las palabras de Carlos; ahora la marioneta era él. Se arrastraba ante Teresa, seguía sus pasos para imitarla. Era su musa y la encontraba perfecta. Era capaz de vencer a su propio agotamiento por estar con ella todo el tiempo.

Carlos seguía trabajando en la imprenta. Aceptó este trabajo sin objeciones a pesar de que era el peor considerado, no por el trabajo en sí, sino por la reclusión que el ruido de las máquinas suponía. No había nada de espiritual en él y le impedía recitar los cánticos como, sí se podía hacer, en el resto del edificio, incluidos los pasillos. La imprenta estaba ubicada en los sótanos, había humedades, los olores eran nauseabundos y las ratas se encargaban de hacer más insalubre el recinto. Los encargados negaban su existencia a pesar de que su impronta quedaría para siempre grabada en el cuerpo de algunos bebés.

En aquellos sótanos, a parte de la imprenta y de la zona de los bebés, estaban los contenedores de

basura y las zonas de reciclaje. Casi todo era reutilizado. Consideraban un gran honor heredar las pertenencias de miembros importantes. Carlos llevaba poco tiempo pero ya le habían asignado ropas de un miembro destacado.

Las incomodidades eran males menores y conseguiría que pasaran desapercibidas. Para Carlos, lo único importante era la riqueza espiritual que conseguía día a día.

Rosario y José se alegraron de haberse decidido por Javier. No sabían si podría ayudarles, pero sí podían estar seguros de que lo intentaría. Había sido un consuelo compartir sus angustias con él y las reuniones de los lunes —a las que nunca faltaban— resultaban reconfortantes.

Javier tenía una gran sensibilidad, su amabilidad, elegancia y delicadeza llamaban la atención; a veces hasta servían de mofa y burla de gentes superficiales. Era especial, tenía una gran capacidad de comprensión y de entrega. Su mayor virtud es que sabía escuchar.

Con este tres fueron los lunes que se juntaron sin encontrar ninguna pista. La decisión de permanecer a la espera “sentados —como decía José— en el banco de la paciencia” no aportaba novedades y decidieron

recapacitar y cambiar de táctica, tenían que actuar, buscar alguna estrategia que les llevara a descubrir el problema.

Cuando llegaron a casa, los dos, sin decir palabra, se fueron directos al salón, a descansar. No habían hecho nada para estar tan cansados. Debía de ser la fatiga mental -al soportar una tensión tan fuerte- la que había terminado traduciéndose en agotamiento físico.

Escasamente había transcurrido un cuarto de hora cuando oyeron ruido y voces en la entrada. José se levantó:

-¡Carlos! -dijo al sentir que estaban abriendo la puerta de la calle- ¿Qué alegría volver a verte, hijo? ¡Pero! ¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes? ¿Quién les ha dado la llave?...

-¡Espere! No se ponga nervioso. Tiene que haber sido un malentendido -dijo la señora que tenía la llave en la mano.

-¿Qué ocurre, José? -preguntó Rosario mientras se acercaba.

-¡Buenos días! -dijo la señora-. Soy Yolanda, de la "Inmobiliaria Ruiz", tengo las llaves para enseñar el piso, a estas personas, porque está en venta.

-¿Cómo que en venta? Es una broma de muy mal gusto -dijo Rosario malhumorada.

-De broma nada, señora. Yo misma atendí al dueño ayer por la tarde.

Rosario, dándose cuenta de que la cosa iba en serio y de broma tenía muy poco, preguntó cómo era el señor.

-Más que un señor, era un joven, entre treinta y treinta y cinco años, alto, muy alto, rubio, bastante bien parecido. Recuerdo que estaba muy angustiado. Dijo que necesitaba urgentemente el dinero y me suplicó que vendiera el piso rápidamente. Incluso insistió en que rebajara el precio todo lo necesario. La verdad es que parecía estar necesitado, nervioso y me dio la impresión de que estaba dispuesto a mal venderlo.

-¿Dijo su nombre? -preguntó con voz temblorosa, temiéndose la respuesta.

-No me acuerdo. ¿Quiere que llame a la agencia para preguntarlo?

-Sí, por favor -dijo Rosario suavizando el tono de su voz. En la esperanza de que hubiera un error, aun a sabiendas de que la descripción del joven era la de su hijo y las llaves las de su casa.

Yolanda llamó por teléfono. Le preguntó a su compañera, una tal Sonia, y repitió el nombre en voz alta: "Carlos Martín Romero".

José tendió sus brazos hacía Rosario, temiéndose que se fuera a desmayar, ya que en décimas de segundo empezó a palidecer

-Siéntese, señora -le dijo uno de los acompañantes de Yolanda, acercándole una silla.

-Será mejor que nos marchemos -dijo el tercer desconocido.

-Sí, les voy a dejar mi teléfono -dijo Yolanda, entregándoles una tarjeta de visita- y me llaman cuando ustedes lo crean conveniente. Estaremos a su entera disposición.

Ninguno contestó, José asintió con la cabeza y Rosario no tuvo fuerzas ni para eso.

No hacía ni cinco minutos que se habían marchado. Rosario todavía seguía sentada en la silla y José, de pie detrás de ella, apoyando las manos en sus hombros, cuando volvieron a abrir la puerta. Esta vez sí era Carlos. Su cara les hizo olvidar momentáneamente lo ocurrido. Unas prominentes bolsas, de color violáceo, caían bajo sus ojos.

No saludó, no los miró, pasó como si no hubiera nadie en casa y se dirigió a su habitación. Rosario se levantó y fue detrás de él.

José se quedó parado pensando que, en la calle, no habría reconocido a su propio hijo. Iba sucio, con el pelo estropajoso y su piel, sin brillo, tenía un color grisáceo. Se había negado a reconocerlo delante de

Rosario, pero era evidente que había sido esa Teresa, la que le había llevado a ese deterioro. En realidad, a José, tampoco le gustó nunca. Intuía que detrás de esa bonita cara escondía una falsa bondad, un amor ficticio encubierto bajo inconfesables trucos sentimentales.

Pero no iba a darle más vueltas al asunto, aunque hubieran visto claro que no le convenía y le hubieran advertido, no por ello habrían impedido que saliera con ella. Cuando la conocieron, seguramente, ya era tarde, pues Carlos —cuando se la presentó— ya estaba obsesionado por ella. Sólo hubieran conseguido adelantarse ese gran rechazo que sentía ahora hacia ellos. Aunque quizás entonces lo hubieran entendido, hubiera sido un buen motivo, pero ahora... Si hasta económicamente les estaba exprimiendo y estaban aguantando todo lo que les había exigido.

-Hijo ¿Por qué no descansas? -le dijo Rosario- ¡Échate a dormir! ¡Vas a caer enfermo!

-Carlos, ¿Qué has hecho con el piso? -le preguntó su padre.

-¡Déjame! -gritó Carlos, girándose bruscamente hacia él- ¡Preocúpate de lo tuyo y no te metas en mi vida! ¡El piso es mío! ¡Qué sea la última vez que te lo tengo que decir! -le gritó amenazándolo con el dedo enhiesto- Tú, al igual que tu mujer, has intentado destruirme. Me pregunto cómo he podido estar treinta y tres años llamándoos padres. Afortunadamente, por fin, he encontrado una verdadera familia.

José sintió una punzada en el pecho. Tuvo que sentarse. Notó cómo se le desgarraban las entrañas. Y supieron, los dos, por estas palabras, que lo habían perdido definitivamente. Rosario sintió ganas de tirar la toalla. Le venía a la mente ese dicho que tantas veces oyó a su marido repetir cuando venían mal dadas “Que Dios no nos dé todo lo que podemos aguantar”, pero ya no podía más...

Carlos salió enseguida de su dormitorio, con un macuto, donde se llevaba lo poco que le quedaba allí, ya que había trasladado todas sus pertenencias a su nuevo hogar. Cruzó el pasillo sin dirigirles la mirada y se fue dando un portazo.

Tenemos que reunirnos otra vez con Javier -dijo Rosario-. Tiene que saber todo esto. ¿A qué familia se referirá? ¿Por qué nos trata con tanto desprecio? Parece mentira que en un solo día puedan pasar tantas cosas -le dijo a José echándose a llorar-. No puedo más, no tengo fuerzas.

-¡Dios! ¡Ayúdanos! -gritó José, abrazándola. Le traicionó su mirada al chocar contra la peca que graciosamente lucía Rosario en su cuello. La besó con ternura y el sentido del gusto le trajo el sabor de la piel de su hijo; revivió por unos instantes, momentos únicos pasados con Carlos, recuerdos simpáticos en torno a la peca que tan orgullosamente identificaba a la saga de “Los Romero”.



Permanecieron abrazados, abatidos, llorando, hasta que Rosario apartándose le dijo- Vamos a acostarnos. Aunque sea pronto creo que nos vendrá bien descansar y tratar de olvidar. Mañana será otro día.

Sí, vamos a la cama -respondió José, cogiéndola de la mano-. Esperemos que al final todo se arregle. No podemos perder la esperanza.

Carlos se había enamorado ciegamente de Teresa. No veía por otros ojos. Hacía lo que ella quería sin pensar más allá. Vivía y pasaba los días trabajando para la comuna; se levantaba a las tres de la mañana para realizar el cambio de turno en la imprenta. Allí trabajaba hasta las ocho menos veinte, hora en la que salía directamente para su oficina. Sus días de vacaciones ya se habían terminado y ahora cumplía también con su jornada de oficina. A las tres y media volvía a la sede y, tras una comida bastante frugal, se iba a trabajar a la imprenta hasta las nueve de la noche. De ahí partía hacia los comedores a cenar, no muy copiosamente, a las diez asistía a la asamblea, donde se reunía con todos sus compañeros, para escuchar el mensaje del Gran Padre, grabado o excepcionalmente en directo, y cuando terminaba se iba a descansar. Durante su estancia en la imprenta, tanto por la mañana como por la tarde, intentaba repetir

los mensajes que sabía. No podía escucharlos como el resto de sus compañeros pero su voz resonaría en su interior como la de ellos.

Su agotamiento era visible. Necesitaba dormir, sobre todo los días de ayuno. La dieta era vegetariana, sus normas mandaban eliminar las carnes y pescados, no sólo por su toxicidad sino porque para ellos era sagrado. Lo que decían una y otra vez; todo es esencia divina y el vegetarianismo es la dieta de los buscadores de la verdad, el ayuno ayuda al desapego y al control y es imprescindible para el desarrollo espiritual.

La manipulada inteligencia de Carlos no divisó que se trataba de un método muy eficaz para la despersonalización. La fatiga los bloqueaba y a veces llegaba hasta anular a la persona manteniéndola en un estado idóneo para la recepción. Al no poder ofrecer resistencia, no podía literalmente oponerse a nada.

Mientras tanto, Javier, inquieto en su casa, paseaba de un lado a otro. Incapaz de pensar, con la cabeza saturada de idas y venidas a punto de estallar.

-No sé por dónde empezar. -Se decía- ¿Cómo voy a ayudarle a salir, si no sé dónde está metido? ¿Qué tengo que buscar?...

Decidió salir a pasear, intentar despejarse, luego iría al cine para distraerse y dejar sus pensamientos en reposo. Esa decisión de darse una pausa fue lo que debió de relajar su mente y, de repente, se acordó de la carpeta. Esa carpeta roja que Carlos tenía en la oficina, donde guardaba sus escritos. Hacía mucho que no escribía, pero quizá le podía ayudar a encontrar alguna pista.

Rápidamente, como una exhalación, se puso el abrigo, salió disparado, bajó las escaleras de tres en tres y corrió hacia la oficina. Tenía tiempo, estaba abierta hasta las ocho de la tarde.

Al llegar al edificio, frenó el paso en seco, para no dar lugar a sospechas, saludó como siempre al conserje y fichó como si fuera un día normal de trabajo.

Subió las escaleras hasta la tercera planta, anduvo por el pasillo hasta llegar al último despacho de la izquierda. Suavemente giró el pomo de la puerta y entró. Se quedó quieto sin dar la luz. Todo estaba a oscuras, pero allí había alguien; un murmullo monótono y continuo se oía, como si alguien rezara. Era Carlos. Trató de descifrar lo que decía pero no pudo.

Javier retrocedió sobre sus propios pasos y se fue, sin hacer ruido, por donde había venido. No se atrevió a volver. Tuvo miedo de ser visto.

Al día siguiente se levantó muy temprano. Carlos solía llegar a las ocho y cuarto al trabajo; si todo era normal, dispondría de diez minutos o de un cuarto de hora. Javier estaba allí a las ocho menos diez, todavía no habían abierto la puerta del edificio. A las ocho en punto fue el primero en entrar, se dirigió rápidamente al despacho y con gran nerviosismo abrió el cajón. Allí estaba la carpeta. Por un momento se detuvo y pensó qué pasaría si Carlos lo viera. No quería ni imaginárselo, tenía que darse prisa; coger los papeles, fotocopiarlos y dejarlos en la carpeta. Su mente trabajaba a más velocidad que sus manos. Pero cuál fue su sorpresa cuando al abrir la carpeta no había nada. Estaba vacía. ¿También se habían llevado su pasado?-pensó-¿Por qué?

Eran las doce del mediodía y Rosario seguía acostada, sin hablar. La noche le había jugado una mala pasada y no solo le privó del descanso sino que le regaló, despiadadamente, escenas y palabras que deberían haber muerto con el ocaso. Ni la más pequeña chispa de vida se veía en aquellos ojos opacos. Nadie diría que en las entrañas de aquel cuerpo paralizado quedaba vida y latía un corazón.

José también estaba derrotado, tampoco veía salida. Pensaba que su única liberación era la muerte. Dejar de una vez para siempre este infierno terrenal, se decía, que por muy malo que fuera el destino que

les deparara nunca podría compararse con lo que estaban pasando.

Los minutos pasaban y también las horas, ninguno de los dos hablaba, la única que tenía licencia para emitir un leve susurro era la tristeza, se le podía oír y palpar, mientras campaba a sus anchas apoderándose del tétrico silencio. José todavía conservaba el movimiento, iba de un lado a otro; se sentaba, acariciaba a Rosario, se levantaba a mirar por la ventana el vacío de la calle. No veía a nadie a pesar de estar abarrotada de transeúntes, la apertura de sus párpados era en vano, sus ojos seguían estando tan ciegos como cuando los mantenía cerrados. Rosario le empezaba a preocupar, ella sí que había perdido completamente la movilidad, continuaba en la misma postura desde anoche.

Había llegado su hora, tenía que actuar. Siempre había sido ella la que tomaba las riendas y por muy duras que hubieran sido las decisiones siempre había sabido cómo actuar. Pero todo tenía un límite y el dolor por la pérdida de su hijo estaba acabando con ella.

Pensó que Javier tenía que saber todo lo que había ocurrido. Esperó a que saliera de la oficina y a las tres y media de la tarde le telefoneó relatándole lo sucedido. La respuesta de Javier no se hizo esperar, fue inmediata, esta vez no utilizó la sensatez, olvidó la prudencia con la que últimamente convivía tan estrechamente, su instinto salió a flote y actuando visceralmente se presentó en casa de Carlos.

-Javier...pero... ¿Qué haces aquí? -le dijo José mientras, nervioso, le tiraba del brazo hacia el interior de la casa para evitar que fuera visto.

-Sé que ha sido una imprudencia, pero Rosario me necesita. ¿Dónde está?

José, sin decir palabra, le señaló la habitación a donde Javier se dirigió sin preámbulos. Con el corazón en un puño, se detuvo en la puerta, y al instante -respirando profundamente- comenzó a caminar hacia la cama donde se encontraba postrada. Se sentó suavemente en el borde y con gran ternura empezó a acariciarle los cabellos, seguidamente la besó.

-¡Hijo mío! -exhaló Rosario, creyendo que se trataba de Carlos- ¿Has vuelto?

-Rosario, -le susurró al oído- soy yo, Javier. ¿Cómo te encuentras?

-¡Javier! ¡Javier! no puedo aguantar por más tiempo esta tortura.

-¿Cómo que no puedes aguantar? No nos podemos derrumbar. Tenemos que seguir luchando los tres juntos como hasta ahora. ¡Por favor Rosario! No nos puedes abandonar... Te necesitamos... Sigue luchando por Carlos... Tu papel es crucial. Eres su madre y por eso la amargura y el dolor te cogen de lleno. Pero tú puedes con ello. Me lo has demostrado muchas veces y no voy a consentir que te rindas.

Rosario, apenas sin moverse, contestó débilmente.

-No puedo, Javier. Ya no puedo más. He tocado fondo. No quiero seguir viviendo.

-Eh, eh, por favor, no digas eso, Rosario. Ha sucedido todo muy rápido, sin dejarte tiempo para recuperarte entre golpe y golpe. Pero no puedes abandonar a tu hijo. Está enfermo. No puedes tomarte sus desprecios al pie de la letra. Hay que sacar lo positivo; puede que estos golpes nos lleven a descubrir algo que nos ayude a recuperarlo. Debemos analizarlo, pero nunca dejar que nos influya hasta destrozarnos. Ahora descansa y mañana te llamaré -le dijo Javier, acariciándole el rostro-. Te quiero mucho, Rosario, no nos dejes -le suplicó al oído-. Después la besó y salió de la habitación con el corazón encogido al ver en el cuello de Rosario la misma peca que Carlos tenía.

-¿Cómo la encuentras?-le preguntó José, que se había quedado en el pasillo- ¿Crees que debería llamar al médico?

-Me parece que su enfermedad no es física. Han sido tantos disgustos seguidos los que le han hecho venirse abajo. Lleva mucho tiempo aguantando, sufriendo en silencio, pero el rechazo directo de Carlos no ha podido soportarlo. Espera hasta mañana a ver como reacciona. Hoy déjala descansar. José, si la ves peor, llámame. No importa la hora. Cuenta conmigo para todo.

-Gracias Javier. Por supuesto que lo haré -le dijo mientras abría la puerta.

Javier salió de la casa asegurándose de no ser visto. Mientras caminaba pensaba acerca del problema de la venta del piso. Tenía que proteger a José y a Rosario, estaban indefensos. Estaban sufriendo tanto... y conociéndolos sabía que ninguno de los dos lucharía por nada material. Decidió volver a casa para intentar averiguar por teléfono todo lo concerniente al piso, descartando la idea que cruzó por su mente de ir personalmente a la agencia, resultaba excesivamente peligroso. Nadie debía relacionarlo con los padres de Carlos.

Antes de marcar el número de la agencia, instintivamente, se santiguó, no lo había vuelto a hacer desde que acabó sus estudios y salió del colegio religioso, pero el temor y la inseguridad le hicieron aferrarse irreflexivamente a la religión.

-¿Diga? -preguntó una voz femenina.

-Quisiera hablar con Yolanda.

-Sí, dígame, soy yo.

-Verá.... no sé cómo empezar... Le llamo para interesarme por la situación de la venta del piso de la calle Alameda. Soy muy amigo de los padres del dueño; José y Rosario, con los que usted habló ayer. He estado con ellos esta tarde y me han puesto al corriente -tras un silencio, continuó-. Se encuentran realmente deshechos. José me ha contado todo -dijo recuperando el tono de su voz- y me dio su número de teléfono, por ello me he tomado la libertad de llamarla.



-Tras una pausa, Yolanda comenzó a hablar balbuceando. Bueno -dijo-, también a mi me resulta muy difícil empezar, es una situación bastante embarazosa. No sé de qué clase de problema se trata, pero lo que cae por su peso es que es bastante serio. Bueno... Yo... tenía intención de contactar con esos señores, pero no lo he hecho antes por no saber cómo abordar el tema. Esta mañana volvió a venir su hijo y nos preguntó si habíamos logrado vender el piso; al darle la negativa por respuesta nos comunicó que prescindía de nuestros servicios porque él había encontrado por su cuenta un comprador. Intenté sonsacarle algo -ayer me fui hecha polvo viendo a esos pobres padres-, pero se trata de una persona parca en palabras y su excitación le impidió mantener una conversación. No atendía a razones. No escuchaba. Estaba absorto en sus pensamientos y preocupaciones, las cuales desconozco, pero se palpaban. Todo ello impidió que pudiera indagar. Tampoco me he atrevido a ir más allá sin su consentimiento, pero si ustedes me dan permiso, me será muy fácil enterarme de si se ha llevado a cabo la venta del piso y en qué condiciones. Mucho me temo que si la operación está zanjada, enseguida comunicarán a sus amigos el inmediato desalojo del inmueble.

-¿Cómo puede ser esto? Me resulta imposible dar crédito a mis oídos.

-Cuenta conmigo para lo que necesite. Aquí trabajamos diariamente con compra-venta de pisos y

todo lo relacionado con ello nos resulta familiar: alquileres, consulta con notario, con hacienda... Cuento conmigo -insistió Yolanda- Mi ofrecimiento es sincero. Fue tan notorio y desgarrador el sufrimiento que vi ayer en el rostro de aquellos padres que me gustaría ayudarles.

-Gracias, Yolanda -dijo Javier y seguidamente colgó, muy lentamente, el auricular del teléfono como si el tiempo se hubiera ralentizado.

De pronto un calor agobiante apareció en forma de sudor, acompañado por una presión que le oprimía el pecho, salió a la calle para coger aire, lo aspiró en una gran bocanada, lo saboreó y volvió a repetir la misma operación; a continuación se replegó bajo sus hombros y comenzó a caminar cabizbajo, abatido, sólo pensaba en los padres de Carlos. ¡Con todo lo que llevaban encima! Ahora tenían que dejar el piso, se preguntaba cómo se lo tomarían y a dónde irían y si tendrían que volver a su pueblo. Vencido por el dolor, dejó de pensar y siguió caminando, sin rumbo, sin controlar el movimiento de sus pies, necesitaba perderse, alejarse, huir de aquel terreno movedizo que pisaba desde hacía ya una eternidad.

Habían pasado cerca de dos horas cuando volvió a sentirse desbordado por la nueva situación. Regresó a casa con intención de telefonar a Yolanda, prefería no enfrentarse a ella cara a cara; acrecentaría su aflicción. Con gran parsimonia marcó el número de la inmobiliaria.

- ¿Yolanda? -preguntó al reconocer su voz.

-Sí, ¿Dígame? ¿Quién es?

-Soy Javier, he estado esta tarde hablando con usted acerca del piso de la calle Alameda. ¿Recuerda?

-¡Ah! ¡Sí! perdone, no le había reconocido.

-Bueno, creo que ni tan siquiera le dije mi nombre.

-Bien, ahora ya lo sé, dígame Javier, en qué puedo ayudarle.

-Verá... Yolanda... No sé a quién acudir y esta tarde he visto que su ofrecimiento era sincero. No encuentro palabras para comunicar a los padres de Carlos que, seguramente, tendrán que abandonar el piso. No sé qué hacer...

-Javier, -le interrumpió Yolanda al notar cada vez más temblor en aquella voz tan afectada; si le parece, mañana, a primera hora, me informo de la situación actual de la vivienda. Una vez que sepamos eso, ya estudiaremos cómo decírselo.

-Gracias, Yolanda, no sabe cómo se lo agradezco. Si no le importa, cuando sepa algo, me llama.

-Por supuesto, Javier, voy a grabar su número ahora mismo.

-Gracias, Yolanda, y hasta mañana.

-Hasta mañana.

A Javier le costaba cada vez más reprimir los impulsos al ver, desde su mesa de trabajo, a un Carlos impassible entrando en el despacho. Su inexpresiva cara contrastaba con el dolor que la de sus padres reflejaba.

Había intentado hablar con él, muchas veces, sin conseguirlo. Jamás pudo sonsacarle algo acerca de Teresa. El afecto, la amistad, habían sido sustituidos por la indiferencia. Cuando no lo evitaba, lo ignoraba, y en las contadas ocasiones que le respondió, fueron palabras secas y cortantes. Javier, cada vez con más frecuencia, temía perder la paciencia, ya que su desesperación quería tenazmente adelantar a la cortesía.

Manuel, el jefe, empezaba a estar incómodo con la desidia de Carlos. No entendía cómo después de tanto tiempo seguía igual, dejando el trabajo a su compañero Javier y a él. Era un departamento con muchísimo movimiento y Manuel estaba acusando el cansancio. No podía por más tiempo esconder la actitud de Carlos. O decidía sustituirlo o acabaría con su paciencia y con su salud. El gran afecto que había sentido por él se estaba deteriorando. Tenía que solucionarlo sin más demora. Cuando llegó a la oficina, se dirigió a Javier:

-Por favor, ¿podrías pasar a mi despacho? Necesito hablar contigo.

-No faltaría más -dijo Javier levantándose de su silla.

-¡Pasa y siéntate!

Javier se sentó, pero Manuel siguió paseando unos instantes, sin decir nada, antes de sentarse enfrente de él.

-Bien -comenzó-, me resulta muy difícil hablarte de esto, pero tengo que hacerlo. Sé la amistad que te une a Carlos, pero desde hace mucho tiempo no cumple con su trabajo. Sabes perfectamente que aquí el trabajo es importante en volumen y en premura. Llevamos muchos meses realizando dos personas el trabajo que antes nos repartíamos entre tres. Y esto no puede continuar así. He tomado la decisión de hablar con mis superiores y pedirles un sustituto. He aguantado lo que he podido y aunque no quiero perjudicar a Carlos, no veo otra salida. Tenía la esperanza de que fuera algo puntual, pasajero, pero veo que no tiene la más mínima intención de cambiar.

Javier había temido durante tiempo que este momento llegara. Lo temía y sin embargo sabía que llegaría. Sus sentimientos deseaban tanto que no sucediera que hasta llegaron a hacer que lo olvidara. Y por eso, aun esperándolo, le pilló desprevenido. Aceptó la realidad y, tras un prolongado silencio, respondió.

-Entiendo perfectamente tu postura, Manuel, pero hundirías definitivamente a Carlos. Desconoz-

co cuál es su problema, sé que es grave y yo no puedo abandonarlo. Si me lo permites, podría llevarme trabajo a casa, sabes que no estoy casado y no tengo hijos como tú. Dispongo de muchas horas y a veces -mintió- no sé qué hacer por las tardes. Me he dado cuenta de todo lo que has hecho por él y también he notado tu cansancio. Por favor, dale otra oportunidad, concédele sólo un par de meses.

-Está bien, Javier. -respondió sin titubear- Dos meses más. No puedo negarme a lo que me pides. Eres un gran compañero.

-Gracias, Manuel -dijo levantándose y le tendió la mano.

-Gracias a ti -le contestó con un fuerte apretón de manos.

Por supuesto que Manuel no consentiría que se llevara trabajo extra a casa, tampoco a él le había pasado desapercibido su cansancio. Seguirían los dos el tiempo que fuera necesario.

Javier, pensativo, volvió a su puesto de trabajo sintiéndose reconfortado en su fuero interno por el apoyo de Manuel. Inmediatamente reanudó su tarea, aunque la obsesión por Carlos y los problemas que surgían en torno a él le hacían evadirse de todo y pensar sólo en su amigo; pero su deber hacia Manuel hacía cambiar súbitamente sus pensamientos y concentrarse en el trabajo diario con el único propósito

de rendir al máximo y superar el volumen de trabajo de la jornada anterior.

Fuera ya de su horario y sin fichar para que no quedara constancia de su presencia en la oficina, decidió prolongar su jornada otra hora más, con la finalidad de quitarle tarea a Manuel.

Hacía tiempo que Carlos, ajeno al dolor que ocasionaba y a su responsabilidad, les abandonaba, con el mismo aplomo y la misma frialdad que el hielo en invierno se queda encima de la montaña obligándola a soportarlo hasta que el sol de la primavera acude a liberarla. Manuel y Javier también habían decidido esperar, pacientemente, confiando en que la primavera, algún día, florecería también en sus vidas.

Cuando volvió a casa, se dejó caer desplomado en el sofá, completamente abatido. Necesitaba descansar, cerrar los ojos y relajarse. Su cansancio vencía al inexistente apetito. Se olvidó de comer, sin percatarse de que llevaba desde las siete de la mañana sin probar bocado. Seguía tumbado cuando sonó el teléfono.

-¿Diga?

-¿Javier? -preguntó una voz femenina.

-Sí, soy yo ¿Yolanda? -preguntó Javier a pesar de haber reconocido su voz.

-Javier, primero quiero prevenirle pues el resultado de mis indagaciones es bastante deprimente, más bien diría injusto.

-¿Qué pasa? ¿No ha podido averiguar nada?

-No, no me refiero a eso. No me he explicado bien, me refiero a que ahora que conozco todo, siento pena por esos dos señores. Van a tener que dejar el piso. Carlos lo ha vendido formalmente; ha firmado la escritura de compraventa ante Notario, para ello Notaría ha tenido que solicitar -y recibir- una nota de dominio y cargas del Registro de la Propiedad y después han tenido que llevar la escritura nueva a Hacienda para liquidar el Impuesto de Transmisiones. Pues bien, estos trámites, obligatorios, que suelen llevar un tiempo —precisamente en su tardanza era donde guardaba mi esperanza—, los ha ejecutado en un abrir y cerrar de ojos, lo que significa que ya no hay nada que hacer. El piso ya no pertenece a Carlos y lo peor de todo es que lo ha mal vendido, no ha sacado ni la cuarta parte de su valor, lo ha regalado. No sé qué clase de persona es el que lo ha comprado, sólo conozco su nombre, pero lo que sí sé es que ha sabido aprovecharse de la desesperación de su amigo.

Hubo un gran silencio, Yolanda esperaba alguna palabra de Javier pero al ver que no surgía preguntó:

-¿Javier? ¿Sigue ahí?

-Sí -reaccionó- perdone, pero... no sé qué decir... gracias Yolanda.

-Javier, no tiene que decir nada. Me hubiera gustado comunicarle que podía deshacer la operación, si quieren hacer algo ahora tendrán que meterse en jui-



cios y demostrar la incapacidad de Carlos. Tarea nada fácil e interminable. Lo siento, Javier. Llámeme siempre que me necesite. Me encantará serle de ayuda.

-Gracias Yolanda, espero conocerla personalmente algún día, cuando tenga más fuerzas iré a verla. No se encuentran todos los días personas como usted. Gracias - y no pudiendo controlar la emoción, colgó el auricular.

Descorazonado, salió de su casa para ir a ver a los padres de Carlos. Tenía que llegar primero y ser él quien les explicara la situación antes de que lo hiciera el nuevo propietario. Las viviendas estaban bastante cercanas entre sí, a unos diez minutos caminando a paso normal, pero esta vez tardó más de media hora en llegar. Su paso se volvió lento y pesado no le permitía avanzar. Cabizbajo, ocultando sus pensamientos, llegó a la conclusión de que no merecía la pena preparar por adelantado lo que les iba a decir. No estaba en condiciones y sabía que no serviría de nada.

En el trayecto se encontró con dos personas que le conocían y le saludaron al pasar, pero Javier no contestó; su mundo estaba muy lejos de la acera que pisaba. Al llegar a la altura del portal, giró a la derecha, sin levantar la mirada, sin pensar que alguien le podía ver entrar. Comenzó a subir las escaleras. Llegó al piso y tocó mecánicamente el timbre. Al instante

la puerta se abrió y ante sí apareció la figura de José, demacrado, con una palidez tan acentuada que transparentaba su angustia. Rápidamente comprendió que había llegado demasiado tarde.

-Pasa Javier -le dijo José, echándose a un lado para que pudiera entrar-. Carlos ha vendido el piso.

-Lo sé -contestó tocándole el hombro cariñosamente-. ¿Cómo está Rosario?

-Su dolor es tan grande que lo del piso apenas la ha inmutado. No sé qué podemos hacer. Hemos perdido todo -dijo echándose a llorar.

Era la primera vez que veía a José tan derrotado. Sin poder decir nada, se acercó y le abrazó. Su cariño era lo único que podía darle. El traje de la impotencia también le vestía a él. Estuvieron abrazados unos segundos hasta que José pudo calmarse y pasaron a la habitación. Al ver a Rosario sintió ganas de gritar, de decir ¡basta! Por mucho que intentara encontrar una justificación al comportamiento de Carlos no podía comprender cómo podía herir así a esos padres tan excepcionales que había tenido la suerte de tener. Él, que nunca pudo contar con los suyos, pues le rechazaron por ser diferente a la norma social, a la norma que la sociedad había establecido como la única verdadera.

Rosario, al sentir su presencia, intentó sacar fuerzas. Súbitamente comprendió que no podía abocarse a la soledad. Javier no merecía su indiferencia.

-Dependemos de sus caprichos, de sus intereses -intervino Rosario-. No me importaría dejar el piso si supiera que eso me llevaría a recuperarlo, pero sé que el dinero que ha obtenido de su venta le hundirá todavía más. Se está enterrando vivo y a nosotros también... en unas tumbas tan separadas que ni muertos volveremos a juntarnos.

-El nuevo dueño -dijo José- no necesita ahora el piso, lo ha comprado como inversión, o al menos eso nos ha dicho, probablemente sea porque ha advertido el comportamiento enfermizo y anormal de Carlos y nos permite, por un tiempo, quedarnos en él por una módica renta.

Javier intuyó que esa reacción tan poco frecuente no se debía sólo a la bondad del dueño sino que Yolanda, la de la inmobiliaria, les había echado una mano.

-Javier -intervino Rosario-, he estado pensando en lo que me dijiste el otro día y tienes razón, no podemos derrumbarnos. Seguiremos sacando fuerzas. Pasado mañana, como todos los lunes, nos reuniremos en tu casa.

-¡Esta sí que es mi Rosario! -le dijo cogiéndole la cara entre sus manos y depositando un sonoro beso en su frente-. Hasta el lunes a las cinco.

Salió de la casa, no reconfortado, pero sí un poco mejor de lo que había entrado al comprobar la excelente reacción de Rosario. Esperaría al lunes para volver a verlos.

Semana tras semana, sin excepción, siguieron reuniéndose en su casa, intentando buscar el camino a seguir, sin tener por el momento ningún éxito. Fueron muchos los encuentros en los que no veían salida para Carlos, llegando a estar muy desanimados. La situación empeoraba por momentos, y no sabían por dónde atajarla.

En un cuaderno iban anotando las novedades que había o creían haber observado en Carlos esa semana. Añadían anotaciones, comentarios... y lo estudiaban. Intentaban, con ello, ver si había alguna lógica o podían llegar a sacar alguna conclusión. A medida que pasaban los meses, al ser la observación tan intensa y las anotaciones tan minuciosas, engrosó la información, pero todavía no vislumbraban nada.

Javier decidió empezar a seguirlo, pero el destino hizo que Carlos realizara trayectos inusuales. Como el día que paseó por la playa con Teresa, casualmente, fue el primero y el último que la llevó al mar. Javier divisó un paseo romántico, tan romántico que le hizo daño... y fue el mar... el que le ayudó a tapar su dolor y la luna la que, aquella noche, tendió una alfombra ancha –de intensa belleza- encima de las aguas; la iluminó desde el horizonte hasta la playa y le recordó la belleza de estar vivo.

Llegó otro lunes. Se presentaba como uno de tantos. Los tres reunidos, hablando de Carlos. No había pasado nada extraordinario, comentaban incluso lo que podía parecer banal. Como decía José: “lo que hoy parezca tonto, mañana puede ser la clave”.

Le tocaba el turno a Rosario y contó algo del pasado que, entonces y ahora, no le había dado importancia alguna. Empezó el relato, por hablar de algo, sin sospechar que llegaría a ser el “quid” de la cuestión.

Recordaba cómo Carlos, antes de dejar la casa definitivamente, se pasaba el día rezando;...pero una oración corta y monótona que casi consigue volverme loca -recordaba-; era horroroso oírle murmurar cientos de veces la misma frase. ¡Lo están volviendo idiota! -dijo Rosario tapándose los oídos con sus manos abiertas, sujetándose la cabeza a la vez que la balanceaba lateralmente con brusquedad. Era como si reviviese el pasado y volviera a sentir la angustia de ver a su hijo en esas condiciones.

De pronto, Javier, por asociación, recordó aquel día en la oficina, cuando fue a buscar la carpeta y, en la oscuridad, oyó a Carlos repetir algo que no pudo entender.

-¡Mantra! -dijo Javier poniéndose en pie- ¡mantra!, sí, creo que se llama así. ¡Está metido en una secta! ¡Sí! ¡Claro que sí! Le ordenan repetir al día esa frase, desconozco con qué frecuencia, sé que se trata de varios cientos de veces. incluso de miles. con

eso impiden que el sujeto piense. Vaya a donde vaya, siempre tiene que repetir el mantra, con lo que se aseguran que el proceso de lavado de cerebro no se detiene.

¿Y las clases? ¡Qué estúpido soy! -se decía a sí mismo en voz alta-, cómo he podido olvidar aquella clase que tan minuciosamente me describió. Donde todos los detalles sectarios se agolpaban; la relajación mental, el amor, el acogimiento de un grupo maravilloso. Esa clase me pareció pura manipulación y así se lo dije a Carlos. No me gustó en absoluto y se lo dije claramente. Que por cierto -dijo cambiando la entonación, dirigiéndose directamente a José y Rosario, que escuchaban atentamente- ....se me enfadó... ¡Cómo he podido pasarlo por alto! -continuó absorto otra vez en sus pensamientos, que transmitía en voz alta-. Puede ser que se debiera al gran rechazo que Carlos sintió hacia mí, exigiéndome que no me volviera a entrometer en su grupo y me abstuviera de hacer conjeturas negativas e infundadas. Fue por eso por lo que jamás volvió a mencionar sus clases y yo poco a poco, sin atreverme a preguntar por ellas, las fui olvidando hasta borrarlas completamente de mi mente.

¡Sí, eso es! Esos informes en blanco que entregaba en la oficina y que tanto te han obsesionado -dijo dirigiéndose a José-. Ahora está bien claro -continuó-¿Sobre qué iba a informar tu hijo, si le han desocupado su mente, si no tendrá otra información más que el vacío?

José y Rosario mantenían la mirada fija, clavada en Javier. Oyendo atónitos sus palabras.

-Es ahora cuando todo encaja -continuó Javier, leyendo sus anotaciones-; la pérdida de apetito, el alarmante olvido, alteraciones de memoria; problemas para retener y memorizar, ausencia de concentración. Estar fuera de la realidad; no ser capaz de participar en una conversación, no tener ninguna opinión, ni nada que decir por sí mismo; sólo habla frases hechas que se ve claramente que no proceden de él. Rechazo a su familia biológica. Habla de otra familia ideal...

Rosario no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Pero se temía que tenía razón en todo lo que decía. Ella no sabía nada de sectas, pero aquella palabra le daba miedo. Había oído que el que entraba en una de ellas ya no salía. Dejó reflejar un angustioso gesto en su rostro que a Javier no le pasó desapercibido.

Javier, levantándose y saliendo de sus pensamientos, dijo con voz firme: ¡Ahora ya sabemos por dónde empezar a trabajar! No hay duda de que lo ha atrapado una secta. No estéis tristes, sabiendo lo que le pasa podremos ayudarle. Estamos en mejor situación que antes. Nada ha cambiado, simplemente que pronto empezaremos a saber cómo ayudarle. ¡Ánimo, Rosario! -dijo dirigiéndose a ella-. No podemos rendirnos ahora que hemos dado con el problema. Piensa que tu hijo tiene una enfermedad, que hasta

ahora hemos estado dando tumbos y no discerníamos la clave, aunque éramos conscientes de su gravedad y ahora, que tenemos el diagnóstico, ¿te vas a hundir? Ni hablar, Rosario, no lo voy a consentir -dijo cogiéndola por los hombros, intentando hacerla reaccionar y afrontar el nuevo golpe que acababa de recibir. Rosario, nos informaremos sobre el tratamiento a seguir. No voy a permitir que te derrumbes. ¡Me oyes! ¡Te necesitamos! -le dijo abrazándola, intentando disimular las lágrimas que sin poder evitar rodaron por sus mejillas.

-¡Qué bueno eres, Javier! -le dijo Rosario mientras le acariciaba el cabello- Tu eres quien nos mantiene vivos. Si no fuera por ti, no soportaríamos este calvario.

-Gracias Rosario, pero no te engañes. Ha sido vuestro amor a Carlos el que ha hecho que ahora podamos avanzar y el que hará que acabe con buen fin esta pesadilla, lo presiento. Tanto sufrimiento no puede caer en balde -la besó en la mejilla y dirigiéndose a José, añadió:- debéis iros a descansar y no deis más vueltas al asunto. Sobre todo, descansad -les recalcó- y no os descuidéis, es importantísimo que los tres estemos fuertes. Desde mañana empezaremos a instruirnos sobre sectas. Tenemos que ser cautos e informarnos bien. No debemos actuar a la ligera, puede ser muy peligroso.



Ahora que lo tenía tan claro. Sin embargo, Javier, se daba cuenta de que su desconocimiento sobre el tema era casi total. Necesitaba a un experto. Pero ¿Á quién acudir? ¿Á quién confiar un asunto tan delicado?

El abatimiento surgió cuando los padres de Carlos se marcharon y se quedó solo. Empezó a sentirse culpable, no encontraba justificación a su ceguera. Los celos le habían impedido ver. Desde el principio dio por hecho que se había ido a vivir con Teresa, por ello le había seguido en contadas ocasiones. Se reprochaba no haberse dado cuenta de que Carlos estaba captado cuando le describió eufórico y con toda clase de detalles, aquella sesión. Se recriminaba el haber tenido ante él el problema y haber seguido buscándolo. Había desperdiciado meses, meses que la secta había utilizado para lavar más su cerebro. Se sentía culpable de haber dejado que la situación llegara a esos extremos y se torturaba pensando que podía haber evitado mucho dolor.

Se dejó caer, abatido, -como tantas noches- encima de la cama y lloró. Del llanto pasó al sueño. Pero cuando despertó, estaba relajado y el agobio de su culpabilidad se había desvanecido.

Los pensamientos negativos murieron con aquel sueño que le enseñó, una vez más, lo absurdo de la recriminación.

Sabía que debía enfrentarse a un mundo desconocido y peligroso. Necesitaba convencerse de que esta vez no fracasaría.

No sabiendo a quién acudir, preocupado por la seguridad de Carlos, por temor a perder su amistad y hasta por miedo a una venganza, dado el cambio tan brusco que había experimentado..., decidió informarse primero del tema.

Fue a la biblioteca, una vez allí consultó "SECTAS". En la pantalla del ordenador apareció una larga lista con varios autores. Entre ellos, había un nombre que enseguida reconoció. Recordó, cómo años atrás, lo escuchaba asiduamente hablar en la radio sobre el tema, sacando a la luz demasiadas verdades acompañadas de evidentes pruebas documentadas, lo que le ocasionó persecuciones y fuertes amenazas personales y familiares. Otro nombre, se repetía muchas veces en la búsqueda, como autor de numerosos libros sobre sectas.

Estos dos fueron los que le ayudaron a dar los primeros pasos y le encaminaron por un largo y tortuoso sendero hacia lo desconocido. Fue un poco al azar, pero acababa de elegir a dos de los mejores expertos en el complejo mundo de las sectas.

Apuntó su referencia. Se dirigió a la estantería y los encontró rápidamente. Javier era un ratón de biblioteca y la había recorrido numerosas veces. Los llevó al mostrador para que el bibliotecario desconectara la clave. Esta vez no se quedaría a leer en la Sala de Lectura, como era su costumbre. Necesitaba intimidad, silencio, concentración. Por ello había decidido volver a casa.

En cuanto llegó, abrió inmediatamente uno de ellos. A medida que leía, veía la imagen de Carlos más nítida. Iba entendiendo el porqué de muchas de sus preguntas.

Hasta ahora no podía asimilar, ni siquiera se le podía pasar por la imaginación cómo habían enganchado a Carlos, y menos todavía como había caído en las garras de la secta. Él, que siempre había tachado de débiles, de poco preparados o de problemáticos a los sectarios. Pero, a medida que pasaba las hojas, iba viendo lo fácil que era poder caer. Lo que leía penetraba poco a poco en su mente; aclarándole obscurantismos y haciéndole comprender lo débiles que podemos llegar a ser los seres humanos. El autor utilizaba todo un capítulo para explicar y demostrar cómo cualquier persona puede ser atrapada por una asociación sectaria, siempre que éstos sepan acercarse a ella en el momento oportuno. Comentaba cómo todos tenemos momentos bajos, depresivos, en los que nos sentimos asqueados socialmente, defraudados y, precisamente son, esos momentos, los que aprovechan para llevar a cabo su estrategia.

Sólo tenían que esperar “el momento oportuno” y el de Carlos fue notorio. La pérdida de Carmen le hundió por completo. El dejar de ser marido y padre con tanta brusquedad le anuló. La desesperación le despojó de su autoestima. Sus defensas se encontraban al límite. El abordaje sectario fue perfecto; era “el momento oportuno”.

En el primer libro su autor exponía hasta dónde puede llegar la manipulación, el control por parte de los líderes y la mezquindad humana ante ellos. Llegando al extremo de abandonar su trabajo, la mayoría de los sectarios pasa a ser explotados gratuitamente por la secta. Carlos mantenía el suyo porque para ellos, económicamente, les compensaba y no suponía ningún problema; habían logrado de él su completa y total sumisión. Lo tenían perfectamente controlado. A distancia intervenían en sus pensamientos y dirigían sus actos.

La lectura le envolvía; leía y leía... Asentía. Su apenas apreciable movimiento de cabeza era muestra de que ratificaba todo lo que estaba leyendo. La explicación era detallada y las actitudes de Carlos iban encajando como las piezas de un puzzle. Apartó los ojos del libro y -clavando su mirada en el vacío- vio reflejada a Teresa. Ella era el acompañante que habían asignado para que hiciera de filtro permanente con su entorno y sirviéndose del conocido “bombardeo de amor”, bloquear a Carlos; sus pensamientos. Había cumplido bien su “misión”, con su insistente acoso y sus falsas carantoñas.

Las horas pasaban y Javier seguía leyendo en su sillón orejero. De vez en cuando paraba y repetía lo leído en voz alta, reflexionando; se hablaba en alto e intentaba memorizar y retener ideas. Tenía que documentarse sobre las actuaciones de la secta para luego saber actuar y poder ayudar a Carlos. Todo lo que leía en el libro era un reflejo de Carlos.

Eran sobrecogedores los métodos que usaban para despersonalizar a un individuo. Lograban que dejara de ser persona para pasar a ser una de las marionetas del líder, el cual manejaba los hilos a su antojo.

Le llamó la atención algunos de los métodos: el de *la culpabilización continuada*, diseñado para generar una angustia y hacer más vulnerables a sus presas. La utilización de *mantras*, con frecuencia grabados en una cinta sin fin para que, los cientos de veces que oyeran esa palabra, se impregnara en la mente del adepto como una orden, sin dejar espacio a otros pensamientos. Otro método muy empleado era el *miedo y la violencia*, para evitar que la persona huyera o denunciara; se aumentaba así la productividad de los adeptos por miedo al castigo o maltrato físico y *La manipulación sexual* por defecto o también por exceso.

Esos eran, leyó, algunos de los métodos empleados, que, junto con otros consiguen una sumisión total al líder, para el que terminan haciendo todo lo que pide, acciones que, vistas desde fuera parecen increíbles, irracionales. A cambio de esa seguridad que

el líder les ofrece, entregan todo, incluso hasta sus propias vidas.

Dejó que la lectura mordiera la noche y le diera valentía, fortaleza y decisión para seguir a Carlos y de una vez por todas conocer la ubicación de la secta. Seguía martirizado por su error, por no haberlo seguido más veces, por su absurdo convencimiento de que vivía con Teresa. Llevaba tiempo planeándolo; era hora de cambiar sus propios hábitos.

Salió —como últimamente acostumbraba— antes que él, pero ésta vez lo esperaría, escondido en el coche. No llevaba ni diez minutos cuando apareció Carlos. Éste se dirigió a la parada del autobús, que no tardó mucho en llegar. En cuanto se subió, Javier puso su coche en marcha y comenzó a seguirlo, manteniendo siempre una distancia prudencial. El recorrido, totalmente desconocido para Javier, duró cerca de veinte minutos. Fueron por los extrarradios, por barrios que ignoraba que existieran. En el lado izquierdo del camino —pues había dejado hacía tiempo de poderse llamar carretera— divisaba, a lo lejos, un barrio marginal, de color tierra. Su arena se confundía con el tono de los ladrillos. Y al lado derecho, en medio de la nada, se erguía una construcción rectangular. De pronto, el autobús hizo una parada en una

zona sin vida, donde solamente se veía el edificio que parecía una antigua fábrica. Javier se sorprendió al ver que Carlos se apeaba. Inmediatamente apagó el motor del coche para evitar ser oído. Lo siguió con la mirada y observó como entraba en el lúgubre edificio de piedra gris, una especie de gigantesca nave, enclavada en un gran descampado.

Bajó del coche y se acercó a la puerta. Allí leyó en un cartel, casi ilegible, “Centro de desintoxicación y rehabilitación de toxicómanos y drogodependientes”.

-Buena coartada –susurró Javier lleno de rabia.-  
¡Cabrones!

Lo que acababa de leer se agolpaba en su atormentada memoria. Sabían utilizar los problemas humanos para su provecho. Se aprovechaban de la debilidad de una familia destrozada, que por un hijo es capaz de desprenderse de todo para dárselo a quién le ofrezca esperanza. Estaba bien camuflada la secta y seguramente hasta gozaría de subvención estatal, como tantas y tantas agrupaciones sectarias que utilizan como tapadera una buena obra social, consiguiendo en numerosas ocasiones la legalidad como asociación.

Javier estaba asqueado por su nuevo hallazgo. Acababa de encontrar una de esas asociaciones, que describían los libros y que, en realidad, ocultaban una secta. Ahora que la persecución había terminado, ahora que el miedo a que Carlos lo hubiera des-

cubierto había pasado, apoyó una mano en la pared,  
bajó la cabeza y lloró.



# capítulo 5

Desde aquel día Javier empezó a ir asiduamente a la sede de la secta, a la “nave”, como él la llamaba. Al principio se lo impuso como una obligación, pero desde que empezó a ser testigo de los hábitos y reacciones de los sectarios, y se iba percatando de cómo se les manejaba y manipulaba, se convirtió en una acuciante necesidad. Y lo hacía desde un lugar estratégico.

Se planteó conocerlos a fondo, observarlos con todo detalle, para poder actuar con éxito. Era difícil, quizá imposible, y él lo temía, pero haría todo lo que pudiera para que las probabilidades de fracaso fueran ínfimas.

Habló con los padres de Carlos y después de largas conversaciones, examinando los pros y los contras de sus decisiones, razonadas y discutidas por los tres, decidieron que lo mejor era alquilar un piso. Javier no podía ocultarse por más tiempo en la caja de un camión abandonado que, entre otros escombros,